

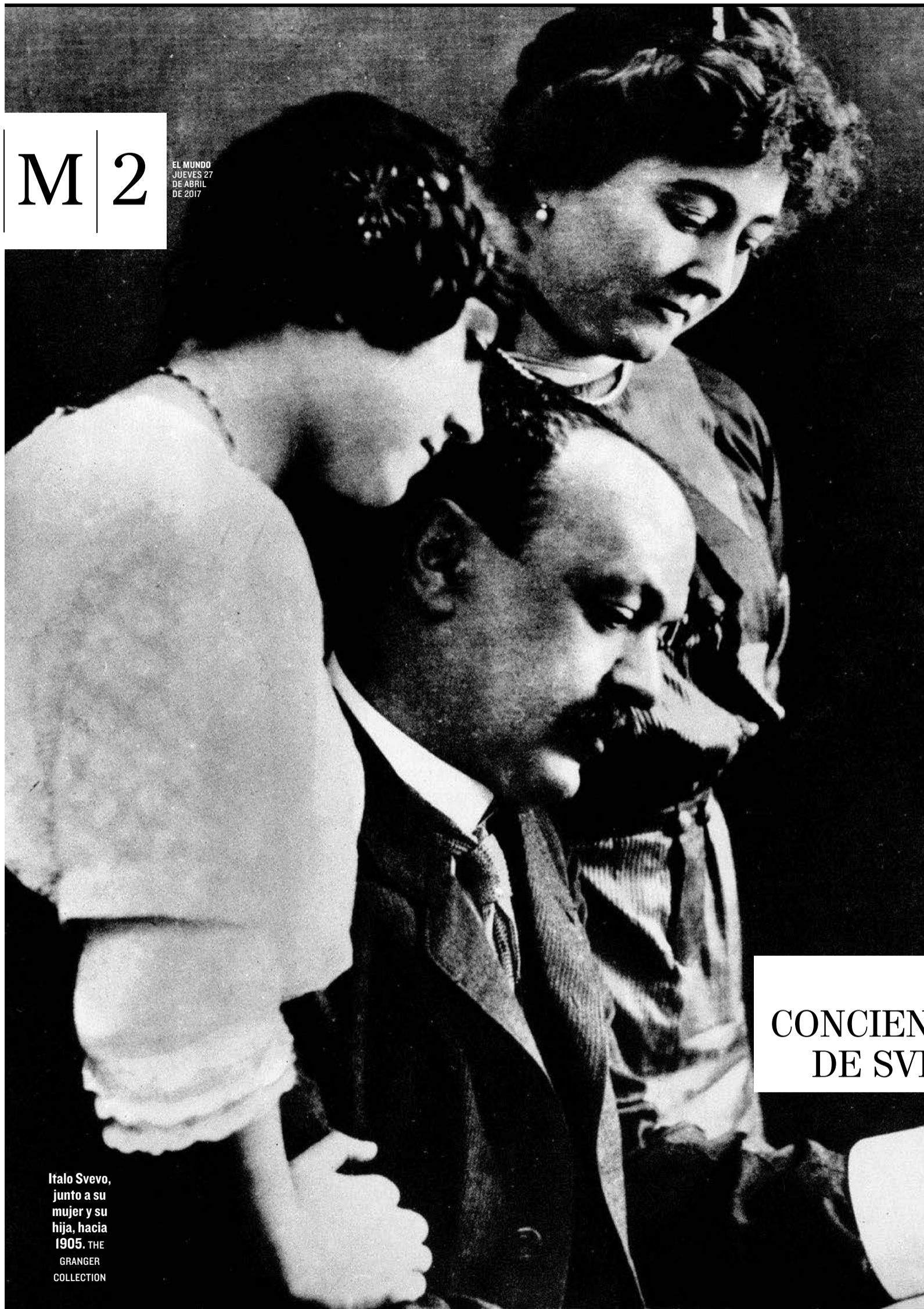
TEATRO ALFREDO SANZOL Y ANDRÉS LIMA PRESENTAN EL REVERSO DE LA TRAGEDIA 'SHAKESPERIANA'

SOCIEDAD UNA ESPAÑOLA DESAPARECE EN TURQUÍA PERSEGUIDA POR EL PADRE DE SU NOVIA EGIPCIA

CULTURA
CIENCIA
SOCIEDAD
SALUD

E | M | 2

EL MUNDO
JUEVES 27
DE ABRIL
DE 2017



LA CONCIENCIA DE SVEVO

Italo Svevo,
junto a su
mujer y su
hija, hacia
1905. THE
GRANGER
COLLECTION

Complejo y escurridizo, nacido en la Trieste aún imperial, Italo Svevo (seudónimo de Ettore Schmitz) era el perfecto burgués de éxito que veía en la literatura un vicio que debía sepultar en su interior. No siempre lo consiguió, en buena parte gracias a los consejos de su profesor de inglés y amigo James Joyce, y el fruto de sus 'pecados' es un puñado de obras teatrales, cuentos y novelas como 'La conciencia de Zeno', una de las grandes obras de la narrativa contemporánea y la primera en la que la neurosis y el psicoanálisis son protagonistas del texto. Una monumental biografía de Maurizio Serra describe la 'antivida' del hombre escindido: empresario de día, artista de noche. **POR P. UNAMUNO**

Para un burgués como Dios manda, la cultura está bien siempre que distraiga pero no moleste. La trayectoria entera de Italo Svevo, reconstruida y explicada de forma admirable por el diplomático y escritor Maurizio Serra en un volumen que publica Fórcola, se antoja la perfecta ilustración de la literatura entendida como pasatiempo pero también como maldición, como vicio, cuando lo importante son los negocios. Nacido Aron Hector Schmitz

Svevo, que dobla en edad a Joyce, le inspirará el personaje de 'Ulises', Leopold Bloom

en una Trieste perteneciente aún al Imperio Austrohúngaro, italianizado luego como Ettore Schmitz, nuestro hombre será Svevo en los ratos robados a la empresa, en los parones forzosos de la Gran Guerra y, sobre todo, en sus últimos 10 o 15 años, cuando la pulsión de escribir se volverá irrefrenable. «No había posibilidad de salvarse. Había que escribir aquella novela», anotará a propósito de *La conciencia de Zeno*, su obra capital.

No se precisaba ser extremadamente inteligente y sensible, como de hecho era Svevo, para que semejante conflicto interior entre lo que debe hacerse y lo que se anhela derivara en una neurosis de caballo. Más de una vez dirá que ha eliminado definitivamente de su vida «esa cosa ridícula y dañina que se llama literatura», pero al mismo tiempo sabe que cada línea que no pueda evitar escribir le incapacita para desempeñar sus muchos quehaceres respetables.

Alguien menos volcado hacia dentro y acaso con más carácter no habría tolerado renunciar a su religión de nacimiento (judía) por imposición de sus futuros suegros, ni se habría mudado a la misma planta que éstos en la residencia familiar, Villa Veneziani, ni mucho menos habría aceptado sin rechistar la dictadura no ya de su mujer, Livia, sino de su suegra tanto en casa como en la empresa. Maurizio Serra imagina a Svevo teniendo en la cama un sueño reparador en el que mata a hachazos a media familia política...

El boyante negocio de los Veneziani, al que Ettore se incorpora después de 17 años como abnegado trabajador de una sucursal bancaria – sólo Kafka fue un empleado modélico a la altura –, se basaba en un descubrimiento aparentemente banal, el de una pintura para cascos de barco más resistente a los estragos del agua, y Olga, la colérica suegra de Svevo, llevaba la fórmula química del invento en un estuche dentro del corpiño.

De momento, el incipiente empresario resiste a su adicción creativa fundando un cuarteto en el que toca el segundo violín (no podía ser el primero) y redactando crónicas teatrales, pero sus obligaciones crecientes le absorben la mayor parte del tiempo. En *La antívita de Italo Svevo*, Serra cita dos episodios cruciales en su necesidad de certezas, de una existencia sin sobresaltos: la ruina económica de su padre y la muerte de su hermano Elio antes de cumplir 23 años.

Las mayores muestras de coraje y perspicacia las dio Svevo en la esfera empresarial. Así cuando logró detener el orden de secuestro de la fábrica Veneziani por parte de la marina imperial, o al contribuir a que, después de una guerra mundial y del ascenso del fascismo, la empresa conservara los pedidos, aunque ahora vinieran de la Regia Marina italiana. Ese mismo hombre era el que –la cabeza siempre en otra parte– podía dejarse olvidada a su hija en una tienda.

Dos factores acabarán inclinando el brazo de Svevo del lado de la escritura. Uno es la sucesión de trágicos avatares que se cernirán sobre la multiétnica y multilingüe Trieste, límite del mundo germánico, eslavo y latino, que dejarán a Svevo «sin coartadas» para enfrentarse a su ser íntimo. Otro, la aparición de un profesor-cillo de inglés llamado James Joyce que lo saca de su «sopor inerte».

Con 24 años, Joyce es todo energía y audacia, algo que atrae y asusta a la vez a Svevo. Le lee al matrimonio *Los muertos*, para gran emoción de Livia, y ellos le ayudan económicamente. Svevo, que le dobla en edad, le anima a su vez a retomar el *Retrato del artista adolescente* y le inspirará el Leopold Bloom de *Ulises*.

Más una relación paterno-filial que una amistad, con todas las tensiones que ello acarrea, la de ambos escritores se mantendrá hasta la muer-

glo XX». No está mal para un autor al que se ha acusado de escribir mal; él mismo no se sentía seguro de su italiano «de frontera» (ni de nada en realidad) y rehacía a menudo los textos para aliviar su accidentada sintaxis. El malicioso poeta Umberto Saba, triestino y amigo de Svevo, creía que éste prefirió escribir mal en italiano lo que habría podido escribir bien en alemán.

Es obvio que Svevo no era un estilista, como no lo era Kafka, pero lo que en éste es cristalino en aquél es tortuoso. Con todo, lo crucial de *La conciencia de Zeno* no es el cómo, sino el qué, su manera de anticipar el relativismo de nuestro tiempo, la ausencia de esas certezas que trenzaban la coraza burguesa del autor. Edwards compara las transformaciones *bestiales* de Kafka, como la de Gregorio Samsa, con las inaparentes y calladas de los personajes de Svevo.

Claudio Magris sostiene que *La conciencia* rompe con la construcción narrativa clásica: «Da la impresión de que respeta el marco realista de la historia, pero en realidad lo socava desde dentro, cosa que lo convierte [a Svevo] en un escritor mucho más moderno e incisivo que muchos otros del siglo pasado considerados vanguardistas».

La novela trata, como se sabe, del psicoanálisis, y más bien del autoanálisis que emprende Zeno para acabar con su adicción al tabaco, la misma que padecía Svevo y que como tema literario no puede ser más burgués. Lo milagroso del texto es que pasa de la neurosis individual del cigarrillo a la neurosis colectiva de la guerra, destaca Serra, que equipara a Zeno con antihéroes literarios, «desarraigados de lujo», como Törless, Christian Buddenbrook y Harry Haller, el lobo estepario de Hesse.

Svevo se interesó por el psicoanálisis a raíz del ocio forzado por la I Guerra Mundial, cuando leyó a Freud y tradujo al italiano *La interpretación de los sueños*, pero confiaba más en el aprovechamiento literario que en las virtudes sanadoras del método, que fracasó con personas muy cercanas como su cuñado Bruno, a quien el mismo Freud dio por incurable.

La conciencia de Zeno no es, por tanto, una novela psicoanalítica, sino una novela sobre el psicoanálisis, y también la forma en que Svevo venga la suerte de Bruno y de su hermano Elio, estafado muchos años antes por otros *curanderos* sin escrúpulos, todo ello entreverado en el burlón y verborreico monólogo interior de Zeno. Siempre esquivo y complejo, Svevo afirmaba: *La conciencia* es «una autobiografía, pero no la mía».

Livia Veneziani sólo se percató del valor de lo que había hecho su marido, no el empresario respetable *diurno* sino el artista de noche y de los ratos libres, tras perderlo en un ridículo accidente de coche. Fue gracias a ella y a su hija Letizia, además de a Joyce, cómo la obra de Svevo pudo publicarse en editoriales importantes y ser reconocida hasta el punto en que lo es hoy, que no es mucho.

Tan *sveviano* como el accidente es el hecho de que el verdadero triunfo del autor en Italia se produjera en el momento más inesperado, cuando se intensificaba la campaña de Mussolini contra los judíos como él. Parecía el destino apropiado para quien aseguraba, al estilo de John Ford: «Yo no hago más que pintura para barcos».



Italo Svevo (1861-1926), en una imagen tomada en 1893.

UMBERTO VERUDA / MONDADORI / GETTY IMAGES

te del italiano y más allá, pues Joyce será determinante en la difusión posterior de su obra. En el momento de conocerse, Svevo ha publicado dos novelas, *Una vida* y *Senectud*, que han pasado inadvertidas por completo.

Ya afincado en Zúrich, donde ha colocado la foto de Svevo en el escritorio (¿en lugar de la de su padre?), Joyce recibirá el original de *La conciencia de Zeno*, en el que descubre páginas memorables. Jorge Edwards señala en el prólogo de la biografía que las dedicadas a la muerte del padre de Zeno Cosini «son de las mejores del si-

Jorge Edwards compara las transformaciones 'bestiales' de Kafka con las calladas de Svevo